

Fiesta de la Presentación del Señor, ciclo A

· Lc. 2, 22-40 ·

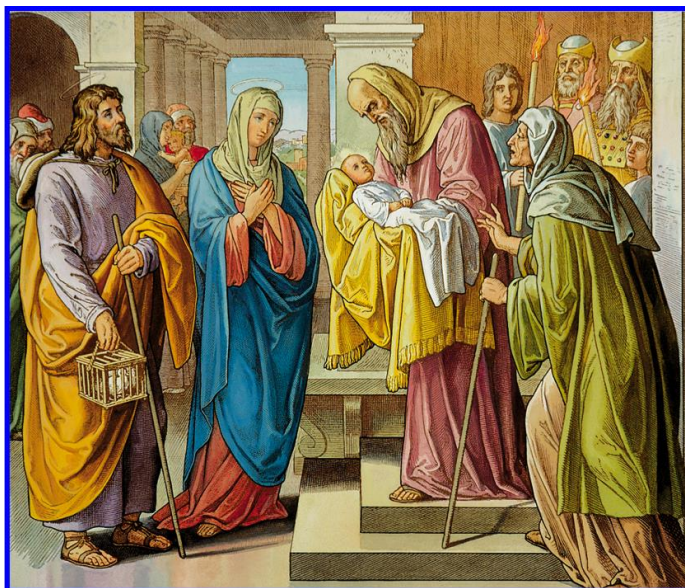
Transcurrido el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, ella y José llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley: todo primogénito varón será consagrado al Señor, y también para ofrecer, como dice la ley, un par de tórtolas o dos pichones.

Vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón, varón justo y temeroso de Dios, que aguardaba el consuelo de Israel; en él moraba el Espíritu Santo, el cual le había revelado que no moriría sin haber visto antes al Mesías del Señor. Movidó por el Espíritu, fue al templo, y cuando José y María entraban con el niño Jesús para cumplir con lo prescrito por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios, diciendo:

*«Señor, ya puedes dejar morir en paz a tu siervo,
según lo que me habías prometido,
porque mis ojos han visto a tu Salvador,
al que has preparado para bien de todos los pueblos;
luz que alumbra a las naciones
y gloria de tu pueblo, Israel».*

El padre y la madre del niño estaban admirados de semejantes palabras. Simeón los bendijo, y a María, la madre de Jesús, le anunció: «Este niño ha sido puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel, como signo que provocará contradicción para que queden al descubierto los pensamientos de todos los corazones. Y a ti, una espada te atravesará el alma».

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana. De joven, había vivido siete años casada y tenía ya ochenta y cuatro años de edad. No se apartaba del templo ni de día ni de noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Ana se acercó en aquel momento, dando gracias a Dios y hablando del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel. Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a



Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él.

EL TESTIMONIO DEL ANCIANO SIMEÓN Y DE LA PROFETISA ANA

Hoy celebramos en toda la Iglesia la fiesta de la presentación del Niño Jesús en el Templo. Una bellísima fiesta que tradicionalmente es llamada "la candelaria", porque en ella, desde tiempos muy antiguos, los fieles utilizamos cirios o velas encendidas como un elocuente signo del tema central del evangelio de hoy: Cristo como luz de las naciones.

San Lucas nos permite contemplar una bella escena de la infancia del Señor Jesús. Como acostumbraban las familias devotas del pueblo de Israel, José y María acuden al templo para cumplir con las prescripciones que la ley mosaica indicaba para la presentación de los primogénitos varones. En el templo se encuentran con el anciano Simeón y la profetisa Ana. Este encuentro no es fortuito, no se da al azar, es un encuentro que se da conforme a la voluntad salvífica de Dios.

El evangelio menciona que Simeón era un varón justo y piadoso que esperaba que Dios consolara a su pueblo. Sus esperanza eran la esperanza que por siglos, el pueblo israelita albergaba con fe; se trataba de la esperanza del surgimiento de un Salvador que redimiría al pueblo elegido. En su experiencia de fe, Simeón fue bendecido por Dios con la promesa de que antes de morir, vería con sus propios ojos al Salvador del mundo. Por una gracia especial del Espíritu Santo, acudió al templo y pudo distinguir a la familia nazarena entre la multitud de personas que se encontraban en ese momento ahí. Sus palabras, recogidas íntegramente por el evangelio a manera de cántico, fueron igualmente inspiradas por el Espíritu Santo, su voz era la voz de la devoción del pueblo de Israel dando gracias a Dios por el don del Redentor prometido, ya presente en la tierra.

La profetisa Ana, llamada así por ser una mujer enteramente consagrada a Dios en la oración y el ayuno y por lo tanto, bendecida con un don especial para interpretar sus designios, descubre igualmente al Salvador esperado y alaba a Dios.

El testimonio de fe de ambos, nos ayuda a comprender como Dios suscita en su pueblo, dones y carismas para descubrir al Señor Jesús presente en nuestras vidas, y no sólo para que lo descubramos en forma personal, sino también para que lo demos a conocer a los demás.

JESÚS JESÚS LUZ DE LAS NACIONES

Jesús es Luz de las naciones, así lo proclamó el anciano Simeón cuando tuvo la oportunidad de cargarlo en brazos. De esa manera también el mismo Señor Jesús se definía así mismo cuando dijo: "Yo soy la luz del mundo; la persona que me siga no caminará en la oscuridad sino que tendrá la luz de la vida"(Jn. 8, 12), el profeta Isaías también lo profetizó así: "El pueblo que andaba a oscuras percibió una luz cegadora. A los que vivían en tierra de sombras una luz brillante los cubrió" (Is. 9, 1).

Definitivamente Jesús es Luz para quien lo sigue, porque la luz que nos regala es una luz liberadora, una luz que nos otorga una claridad sin igual. Es Luz que introduce una saludable contradicción en el mundo, ya que como le dijo Simeón a María Santísima: «Este niño ha sido puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel, como signo que provocará contradicción para que queden al descubierto los pensamientos de todos los corazones».

«Resurgirán» aquellos que dispongan el corazón para ser iluminado por Jesús, porque podrán llegar a gozar de su presencia a tal punto, que no sólo será luz necesaria para vivir en plenitud, sino que además será una luz vital a la cual ya no se podrá renunciar, aún y cuando las tinieblas del pecado y de la muerte sigan presentes a su alrededor. Por el contrario será «ruina» para aquellos que se dejaron seducir por las obras de las tinieblas, Jesús es luz cegadora, que confunde e incapacita a los enemigos del bien; es luz insoportable para quien ha optado por envilecerse en el egoísmo y la maldad.

Para todos aquellos que por cualquier razón desconocen a Jesús y que obran rectamente, esta Luz es atrayente, «pone al descubierto los pensamientos de todos los corazones», revela verdades infinitas y es fuente del amor verdadero que da sentido a la existencia, es luz que se filtra a través de los obstáculos que encuentra y da razón de sí, ilumina aún y cuando no se le ha buscado.

Celebrar a Jesús como «Luz de las naciones» significa celebrar la voluntad salvífica de Dios. Es celebrar que poseemos la posibilidad de dejarnos iluminar por la claridad del Redentor, y así llegar a gozar por siempre de su presencia. Es celebrar que día con día muchísimos hombres y mujeres iluminan la vida de todos aquellos con los que tienen contacto sirviéndoles con caridad y de corazón en obras concretas para su provecho. En definitiva es celebrar que la vida humana en todas sus expresiones ha

sido transformada por medio del Señor Jesús, quien siendo hombre nos ha iluminado de una manera extraordinaria.

Pidámosle a Dios nuestro Padre que como a Simeón y a Ana, nos guíe con la fuerza del Espíritu Santo, para que seamos en todas partes portadores de la Luz de Cristo, y sirvamos a todos con un corazón renovado cotidianamente con su claridad en obras concretas y significativas.

¡Alabado sea el nombre de Jesús!

Pbro. Eliezer Israel Sandoval Espinoza
Arquidiócesis de Monterrey, México
twitter: @padre_eliezer